

Exterior

Me aburro. Me aburro en demasía. Mi aburrimiento es tal que incluso el más opulento e insólito de los espectáculos no provocaría más que un mero bostezo.

—Sal y queda con tus amigas, que es lo que hace la gente de tu edad. Además, así te tocará el aire y el sol, ¿sabes lo bueno que son el aire y el sol para la salud?

He escuchado esa cantinela innumerables veces repicando en mi cabeza, lenta e insistentemente, como un pájaro carpintero taladrándome una y otra vez la sien hasta conseguir devorarme los sesos. Lo hace parecer todo muy fácil, como si el “simple” hecho de salir de casa fuera realmente tan simple; con tal de fijar los ojos en la puerta de entrada puedo notar mi piel palidecer y mi estómago contraerse en dolor.

—Acordamos que, como mínimo, saldrías una vez a la semana, ¿harías el favor de, como mínimo, intentarlo?

Siempre dicen que la intención es lo que cuenta, pero, realmente, con una mísera intención nadie se da por satisfecho. Todos esperan que lo haga, que afronte mis miedos como si fuera la protagonista de la película, valiente y heroica. Mientras, yo estoy aquí, haciendo lo que puedo, intentando salir de este pozo de desesperación.

Ya me gustaría, ya, funcionar como un “ser humano corriente” y hacer “cosas corrientes”. Me gustaría más de lo que nadie en el mundo se pueda imaginar, ¡de veras! Pero, desgraciadamente, parece que el destino le ha gritado a mi mente un rotundo no, llenándola a su vez de mi gran temor a salir al exterior.

Dos horas llevo ya, revolcándome entre las sábanas de mi cama, mentalizándome para, de una vez por todas, intentar combatir la tirana que es la agorafobia; la comodidad de mi colchón me dificulta empezar, pero he de afrontar mis miedos.

Finalmente, termino saliendo de la cama y, con una velocidad mortuoria, me visto con el conjunto de prendas menos usado de todo mi armario, dirigiéndome una vez vestida hacia la salida principal.

El paso entre habitaciones se siente excepcionalmente vacío y monótono, como si lo único que importase fuera el ya memorizado camino hacia la entrada: salir del dormitorio, girar a la derecha, todo recto, luego a la izquierda... Cuanto más me acercaba a salir, más me nauseaba el estómago.

Tras agarrar el polvoriento llavero de su respectivo colgador metálico, observo directamente, petrificada como si hubiera visto a la Gorgona, el infinito vestíbulo que se presentaba delante de mí. Con un escalofrío viajando por cada vértebra de mi espina dorsal, avanzo paulatinamente hacia el pomo de la puerta de entrada; la inefable sensación de ansiedad que me producen los primeros pasos acelera progresivamente mi ya alterada respiración.

Fríos como en una noche ártica, los cuatro metros restantes para llegar al portal entumecen cada uno de los veintiséis músculos repartidos entre mis dos piernas, añadiendo una dificultad física por encima de la ya existente dificultad psíquica.

Con la vista nublándose y la oscuridad apropiándose de mi sentido de la vista, palpo finalmente la barnizada madera de pino de la cual está hecha la puerta y, con unas manos temblorosas, empiezo a introducir la llave principal en la cerradura oxidada.

—Ya casi está —me digo en un desesperado intento de consuelo—. Solo debo girar las llaves y...

Sin previo aviso, siento el tétrico tacto de una fría y áspera palma envolver mi mano. Esta, usando mi diestra como una marioneta, impide cualquier tipo de movimiento, haciendo imposibles los dos giros antihorarios.

—No quieres salir, ¿cierto? —dice una extrañamente reconocible voz desde tras de mí—. Te estás forzando por un absurdo; nada en el mundo te manda salir —escucho aterrorizada mientras a su vez siento en mi cuello un cálido y húmedo resuello.

Trago saliva nerviosamente después de intentar hablar entre sollozos. Mi corazón, latiendo con la fuerza de mil relámpagos, espera ansiosamente el momento de su colapso. Mi consciencia, ennegreciéndose ante tal carga anímica, me suplica que deje de intentarlo.

Sola contra un temor que me devora por dentro, con todos los sentidos en mi contra, me rindo ante la oscuridad de mi condición psíquica. Cayendo hacia el suelo de rodillas, enteramente derrotada en cuerpo y mente, me miento, piadosamente, entre lágrimas:

—N-no pasa nada —sollozo, aun asustada por la enorme presión interna—. La próxima semana seguro que lo consigo... —me digo a mi misma, como si hubiera olvidado cuántos días llevo intentándolo.

Marc Alcantarilla